

Silva nocturno

Germán Arciniegas

Llegó el modernismo a Bogotá, y a toda la América española, como la segunda o tercera acometida de ideas nuevas que venían de Francia a cambiar el tono de las letras. La capital colombiana era una ciudad pequeñísima y aislada, en las alturas de los Andes, donde se suponía estaba vigente el Siglo de Oro castellano. La lengua indígena había pasado a curiosidad de eruditos, y la distancia que separaba a la capital de la costa la había colocado fuera de toda corriente de inmigrantes. Lo francés había llegado siempre como pecado, unas veces venial, otras mortal. La primera vez, con los relatos de la Revolución del 89. Por traducir el texto de los Derechos del Hombre que aprobó en París la Asamblea Nacional se produjo el encarcelamiento y destierro al África de don Antonio Nariño. La segunda vez entró el romanticismo de Víctor Hugo, acogido por el radicalismo. Se pasó entonces de la «Oración por todos» a las airadas protestas contra la pena de muerte. Eso estalló en la Constitución de Río Negro. La tercera aparición fue el modernismo, que de ser la escuela que condenó la Iglesia como conjunto de errores religiosos apoyados en la ciencia moderna, pasó a revolución literaria proclamada por Rubén Darío, naturalmente desde Buenos Aires o París.

Entró, pues, Silva a leer poemas modernistas manteniendo encendida la lámpara hasta altas horas de la noche, con el atrevimiento y gusto de quien está pecando. Colombia se encontraba bajo el signo reaccionario del señor Caro, poeta que no sólo traducía a Virgilio sino que escribía Odas en latín. Experto, además, en el castigo con fétula. Persiguió al idílico Isaacs por haber nombrado a Darwin en sus escritos sobre la Guajira. A principios de este siglo la vocación continuaba y seguía siendo tan arriesgado acercarse a las tentacio-

nes francesas como cuando la reconquista española de Morillo o la implantación del sistema de don Rafael Núñez. Como en 1816 eran los cadalsos para Camilo Torres o el destierro al África de Nariño, con la Regeneración o se desterraba hasta la muerte a Santiago Pérez o se enviaba a las bóvedas de Cartagena a los periodistas de la oposición. En la juventud de Silva la libertad era incierta para los políticos sospechosos. Para los intelectuales no tanto, pero el peligro era grande. Se excomulgaban periódicos y escuelas y un excomulgado olía a azufre. Un suicida no podía enterrarse en el cementerio de los cristianos sino en campo aparte. El concordato daba poder a la Iglesia para controlar los textos escolares.

Escribir versos y hablar de política han sido tentaciones o divertimentos —y hasta pasiones inevitables— para el colombiano. Silva, si no iba a hacerse matar en una guerra civil por su partido, no podía evitar las lecturas de los racionalistas franceses. Sus diálogos con Sanin Cano, que se inclinaba al socialismo, duraban horas. Leer a Leopardi o a Schopenhauer, Bourget, Nietzsche o a Max Nordau, era irse colocando en la banda opuesta al mandamás de la república conservadora, don Miguel Antonio Caro, y a la Iglesia. No podía ocurrir menos a un muchacho de extraordinaria inteligencia que había pasado antes de los veinte por la experiencia de París, cuando la capital de Francia hervía de nacionalismo, socialismo, modernismo. Los cafés y el teatro, el boulevard y la tertulia estaban llenos de latinoamericanos curiosos, rusos disidentes, ingleses rebeldes, y poetas, sociólogos y ateos de la Francia de esta nueva ilustración.

En Montevideo o Santiago de Chile, el enfrentamiento entre conservadores y republicanos afrancesados había sido abierto. Cuando hubo la guerra de Hernani en Montevideo o por Dumas en Santiago, el debate se hizo en teatros y periódicos, y ya esas ciudades tenían mucho del escenario metropolitano, notorio hoy en cualquier lugar libre de América. En Bogotá era distinto. Silva sintió desde el primer día que estaba en la minoría. En algunos casos tuvo la sensación de ser único. Lo que es hoy el barrio de la Candelaria, pequeñito dentro de la ciudad grande, era en su imagen física, la ciudad entera. Pero en ese barrio estaban todas las viejas familias. La calle de la Enseñanza desembocaba en la Plaza de donde salía la Calle Real, la principal, de tres cuadras: de San Francisco en adelante cambiaba de nombre y no era sino un paso para llegar al camellón de las Nieves. El camellón lo tomaban los entierros para ir hasta San Diego, donde se jorobaba la calle y se iba al cementerio... católico. La galería de los suicidas lindaba con el campo de los ingleses, los protestantes, los enemigos del Papa. Bogotá apenas llegó a los cien mil habitantes en 1910... Cuando Silva, estaba muy lejos de las seis cifras... Todo el centro lo llenaban conventos... Sanin Cano administraba el tranvía de mulas, y una de sus ocupaciones era comprar salvado para alimentarlas... Las imágenes más poéticas

de la época están en los primeros poemas de José Asunción: «Los maderos de San Juan», «Infancia», «Vejece».

Silva no era un revolucionario: era un distinto. Nada de puño cerrado. Se apartaba —no más— y eso chocaba. Simbolizaba lo peor para una sociedad de jinetes, en potros ariscos: ser exquisito. Las cosas que trajo de París. Cigarrillos rubios, árabes... y boquillas de ámbar... Elvira, su hermana, fue también excepcional. Bajaba a pie por la calle de la Enseñanza. Era divina. La seguía la criada llevando el catre de terciopelo para la misa y el tapetito para arrodillarse. Subía las gradas del altozano de la Catedral entre un vasto silencio de cachacos. Un momento, en lo humano, como el de la Elevación en lo religioso. No se atrevían, pero querían tirar las capas sobre las piedras para alfombrarlas. Eran cachacos rudos, pero cachacos. José Asunción, por este lado, hermano de una Diosa.

Se reunían —¿dónde, cómo, cuándo?— Silva, Sanín, Arias Argáez... y eran coloquios como fuera del lugar. O en la sala, con el piano al fondo y la música de los Nocturnos en el atril... O en el despacho de Sanín, a donde llegaban los bultos de salvado para las mulas del tranvía... Y hablaban de poetas exóticos, de Peter Altenberg, de filósofos, de Tolstoi, que parecía acercarseles, con su barba blanca y su blusa de mujik, viniendo de la tundra moscovita. Un fantasmón a cumplir la cita secreta de los bogotanos clandestinos.

*A Leopardi leyó, y a Schopenhauer
y en un rato de spleen
se curó para siempre con las cápsulas
de plomo de un fusil...*

Le decía José Asunción a Baldomero...: (Entraba por la puerta entreabierta el olor del cagajón y del salvado...) «Estoy montando una fábrica de baldosines... Los ingleses tienen el tranvía: yo algo mejor que los ladrillos...» Pensaba en ser rico. Ya lo había sido...

Llegó, en su único viaje a Europa, al París de Darío, Lugones, Nervo... antes que ellos. Donde Darío se afrancesó... Y tuvo el choque con un mundo sacudido por los impresionistas, Las fiestas galantes de Verlaine, las novelas de Huysmans... De paso por Londres se acercó a Oscar Wilde. Pero lo que había de impactarle era una rusa, María Bashkirtseff, sacada de las páginas delirantes de un diario febril. «Adorable Nuestra Señora del Perpetuo Deseo», muerta a los veinticuatro años, naturalmente tuberculosa... «He tocido todo el invierno y ahora sigo tosiendo... La muerte no me asusta, no me atrevería a suicidarme, pero me gustaría acabar con todo...» Con María Bashkirtseff bajo tierra, queda a la vista lo de los amores imposibles de Silva. Como fondo de su estancia en París, sería la Elvira que se aleja en el «Nocturno» y que está detrás de

la pantalla musical. En los dos casos, una protesta contra la muerte, que en el fondo amaba.

Amaba la muerte y la vida que no podía darse. Quería ser rico, negociar, hacer dinero, tener lujo, colocarse por encima de esos bogotanos a quienes su padre había pintado en unos cuadros de costumbres que fueron la literatura de protesta del siglo. Protesta sin piedra ni dinamita. Burlona, con el humorismo bogotano que podía llegar hasta ser macabro. Don Ricardo Silva pintaba en las notas de su gaceta nuestras mezquindades. Era el padre de José Asunción.

Juan Ramón Jiménez decía: «Me gusta representarme a José Asunción Silva desnudo, con su “Nocturno” segundo y único en la mano. No necesito de él otro poema, ni otro retrato ni otra biografía, quemaría el resto de su decadente vida y su escritura confusa: interiores de sedalina, tertulias tontas, encuadernaciones de París, alardes de casino, locas, aproximaciones; todo ese dandismo provinciano, vacuo y ridículo que el pobre José Asunción se puso, como el pobre Julián del Casal, alrededor de su espíritu verdadero para asustar o mortificar a los colombianos corrientes, más o menos sensitivos o tolerantes, de una indiferente Bogotá sin culpa».

Tiene razón Juan Ramón. Hay cursilerías en todo eso. Y se equivoca. En una Bogotá que era como la vivió José Asunción, la rebelión suya sudaba sangre. Y dolía, como en otro plano, en París, llevó a la muerte a María Bashkirtseff. La desproporción entre lo que Silva había vivido y lo que se imaginaba sólo alcanza a realizarla quien la convierte en el destino que dicta a José Asunción su vida y su muerte. Para más detalles, hay que leer la extensa carta, escrita en una caligrafía de maravilla, de quien como él iba camino del suicidio y se detuvo unos días para zaherir a su acreedor más implacable.

Orgullo, venganza... literatura. El don literario para sanar heridas. Los complejos del hombre eran tremendos. Bogotá había sentido un goce malévolamente siguiendo la quiebra de Silva. El orgullo social de su madre abatido. Y ahora, nuevas escenas de humillaciones que trataba de disimular; en su altivez, sonriendo. Las Gotas amargas recogen su comentario venenoso y corrosivo, y también desdeñoso. Íntimo. Escribía para dos o tres amigos...

Silva en París compra, para revender en Bogotá, cosas inservibles. Sabemos que se trata de una sociedad campesina donde los ricos expresan su importancia con zamarros de cuero de león y galápago inglés. Llegan por las tardes a caballo, desmontan en el solar de la casa, se quitan la ruana y el sombrero jipi, y cuando se funden en el Jockey Club o el Gun Club irán a jugar billar como caballeros ingleses en modestos salones sin más lujos que un par de espejos y unas cortinas de terciopelo. Silva compra porcelanas y perfumes, ediciones de lujo de libros exóticos, zapatos y corbatas, trajes ingleses, marfiles. Pensaba en un Bogotá al revés del tradicional, sufriendo las tenazas de los Uribes acreedores, fracasando con la invención de los ladrillos...

En Bogotá, o mejor: en Colombia, el modernismo no convencía. El más agresivo –tal vez en América– fue Luis C. López. No hay sino que enfrentar estrofas. Dice Darío:

*¿Qué signo haces, oh cisne, en tu encorvado cuello
al paso de los tristes y errantes soñadores?
¿Por qué tan silencioso de ser blanco y ser bello
tiránico a las aguas e impasible a las flores?*

Y Luis C. López:

*El barbero del pueblo que usa gorra de paja
zapatillas de baile, chaleco de piqué
es un empedernido jugador de baraja
que oye misa de hinojos y habla bien de Voltaire.*

Quizás no hubo manifestación más radical que ésta de rechazo al modernismo afrancesado difundido desde París por el mágico maestro de Nicaragua y sus discípulos. Está todo en el libro De mi villorrio del cartagenero. Hizo escuela en las gacetas políticas y suplementos literarios. Donde Darío ponía a nadar cisnes en estanques versallescos, López burros y perros en las plazas del pueblo. Darío hablaba de pan y de musas y López del barbero, el cura y el alcalde, con el realismo más crudo jamás usado antes en poesía.

El rompimiento es grande. De las novelas grecoamericanas que estaban escribiendo los modernistas consagradas a Afrodita, se bajó a los escenarios más dramáticos de América: los guerrilleros mexicanos de Los de abajo de Mariano Azuela; las hormigas tambochas de La vorágine de Rivera que ponían en fuga al salvaje y talaban bosques; los indios peruanos de El mundo es ancho y ajeno de Ciro Alegría... Literatura de denuncia y revuelta que entonces apenas se iba anunciando, pero que partía de la reacción contra el escapismo, como se llamaba ya a la literatura de París.

En Colombia fueron precursores del antimodernismo poetas y novelistas. Tomás Carrasquilla y sus compañeros de Antioquia escribieron de espaldas a Grecia o a Leticia. El maestro de todos, Carrasquilla, publicó virulentas homilias tirándoles de las orejas a los helenistas, al tiempo que recogía lo más popular del folclore en «A la diestra de Dios Padre», y se preparaba para hacer La Marquesa de Yolombó, caricatura de las familias nobiliarias suramericanas, con mujeres de a caballo corriendo montañas pobladas por la Madremonte y el Patasola.

Silva nadaba entre dos aguas. De sobremesa es la crónica del hispanoamericano que en París cae en el deslumbramiento del teatro de D'Annunzio, la pintura de Monet, la música de Debussy. Se hundió en las mismas aguas en

que buceaba Darío... y regresó a Bogotá para hacer el recorrido entre la Plaza de Bolívar y el terminal del tranvía de mulas, subiendo al coche que rodaba a saltos sobre los primeros rieles tendidos para cambiar la imagen del pueblo colonial. Media hora gastaba para llegar a la estación donde Sanín Cano alternaba sus lecturas de revistas de Londres dialogando con los rústicos conductores que azotaban las mulas y frenaban dándole vueltas al ruidoso manubrio.

En el otro hemisferio y cuando vivió en París, Darío salía de su departamento cerca del Observatorio para caminar hasta los jardines de Luxemburgo o los cafés del Barrio Latino —media hora corriendo calles y jardines por la ciudad más bella del mundo—. Silva en tranvía salía de la Calle Real, de casas de tapia y teja, para tragar el polvo que el viento llevaba al interior del vagón abierto, cruzaba potreros y potreros, y llegaba así a la cita literaria que le aguardaba en la otra punta. Ésta es la diferencia entre treinta minutos en Bogotá y treinta en París, y quien quiera precisar la reacción no tiene sino que leer a Silva en su «Sinfonía color de fresa con leche», dedicada A los colibríes decadentes.

*¡Rítmica Reina lírica! Con venusinos
cantos de sol y rosa, de mirra y laca
y policromos cromos de tonos mil
oye los constelados versos mirrinos,
escúchame esta historia Rubendariaca,
de la Princesa verde y el paje Abril.*

Tocó, pues, al bogotano alternar entre el París de Darío y el villorrio que surgía entonces de los sonetos a la diabla de Luis C. López. De ahí ese fondo de tragedia que despistó a Juan Ramón Jiménez y le llevó a escribir sobre la cursilería del poeta que, por otra parte, lo conmovió con el «Nocturno».

¿Qué le llegaba al alma a Silva de todo cuanto leyó y sintió y vivió entre su mirador del barrio de la Candelaria en Bogotá, convertido hoy en la Casa de la Poesía, y el París que dejó pintado en De sobremesa? No precisamente el Verlaine de Las fiestas galantes, ni lo que traía en su colección de libros forrados en piel de Rusia. Lo que para él estaba flotando en París era la música de Chopin, y creo que hay más de esa música en el poema que de toda la literatura francesa contemporánea. Él mismo, a solas, lo descubría en Bogotá.

La primera realidad que se impuso en Silva a su regreso de París fue el viaje en tranvía... como en Cartagena el cura canijo cuello de ganso que cruzaba la plaza para Luis C. López. Pero la segunda realidad estaba más allá de la ironía, y dejaba de lado el sarcasmo y la caricatura. Podía Sanín entretener sus ocios de erudito explorando filosofías que eran disolventes y liquidando conceptos seculares, todavía vigentes en la mente conservadora de los hijos de

la Madre Patria. Lo que se llama en química mordientes. Pero Sanín no tuvo un choque como el de la muerte de Elvira en el caso de Silva. Es difícil acercarse a ese drama sentimental con la mente pura y colocarse en espíritu dentro de la escena. Pero hay un camino que a mi juicio ayuda a comprender la elaboración del «Nocturno». Tampoco lo que predispone al poeta es el ambiente inmediato de las ruindades naturales de quienes no entendían ni su quiebra, ni las novedades de su tienda, ni sus modales casi enfermizos, ni sus zapatos finos y trajes elegantes... o cursis. De esas cosas pueden desprenderse las Gotas amargas y hasta el suicidio. No es eso: el poeta se detiene ante la noche de plenilunio en esta Bogotá situada entre los montes vírgenes que le forman un espaldar de ramas y musgo, y la sabana, horizonte de sauces, robles, eucaliptus y lagunas donde la luna esparce su luz blanca. Nadie que conozca esta geografía poética deja de encontrarla en los versos en que se entrelazan las sombras de la muerte y el recuerdo. La magia de las circunstancias dan a esta otra realidad una calidad que yo no me atrevería a señalar como un primer ensayo de realismo mágico, en que este concepto americano alcanza altura de maravilla.

En su conjunto, la obra en prosa y en verso de Silva puede aprovecharse toda como documental para el «Nocturno». Es común que en un poema solo, más aún: en un verso, quede resumida toda la creación de un poeta. Un verso solitario puede durar siglos, hallazgo de un solo instante. ¿En qué momento le vino a la imaginación decir a quien lo dijo «Ojos claros, serenos» y ahí quedó como detenida la gracia que para siempre seguirá evocando la memoria de los pueblos? Así las palabras del «Nocturno». Todas comunes, elementales, repetidas, armonizan la casi inexplicable belleza de un ritmo que antes no tuvo la poesía castellana. Explorar de dónde viene el misterio es profanación. Recuerdo un análisis intentado por uno de esos críticos presumidos y bárbaros que todo lo convierten en cifras y esquemas anatómicos de necia presunción... En estos casos lo aconsejable sería dejar el poema intacto y que se fueran con el análisis a otra parte.

En 1888 apareció Azul... de Darío, y ha sido lugar común fijar esta fecha como el comienzo del modernismo en América. Ayudan a confirmarlo don Juan Valera y otros españoles que expresaron por escrito su alegría. Don Eduardo de la Barra destacó en seguida la frase de Victor Hugo: L'Art c'est l'azur. Don Juan Valera no quedó convencido del color pero sí de cómo el poeta de Nicaragua tenía una Visión Universal. «Hasta el nombre y apellido del autor, verdaderos y contrahechos y fingidos, hacen que el cosmopolitismo resalte más. Rubén es judaico, y persa es Darío: de suerte que, por los nombres, no parece sino que usted quiere ser o es de todos los países, castas y tribus.» Acertaba don Juan. Era el momento en que podía empezarse a viajar, en primer término a París, y Darío iba a seguir los pasos de otro centro americano, Enrique Gómez Carrillo, precursor de esa romería nuestra que acabaría por

imponer el nombre de América Latina. El ochocientos nos había obligado a prolongar el aislamiento colonial, y ahora un vehemente, incontenible deseo de conocer el mundo empujaba a repetir, al revés, la hazaña de Colón. En realidad, Darío, obedeciendo al estímulo de Gómez Carrillo, hizo lo que todos: viajar. Ya lo habían hecho Gutiérrez Nájera o José Martí, y desde luego Silva, y ya el modernismo estaba caminando cuando apareció Azul... El caso de Silva es una anticipación de todo el proceso, pues no sólo hace modernismo antes que Darío, sino antimodernismo, como los otros colombianos que disuelven la revolución con la ironía.

La vocación universal de Silva es para nosotros evidente, no sólo en De sobremesa penetrando en el París cosmopolita o en la biblioteca que trajo a Bogotá, sino en las pistas que daba a Sanín Cano —el que lo sabía todo— sobre un desconocido novelista —Gustave Flaubert— que acababa de aparecer, o un filósofo alemán hasta el momento desconocido: Federico Nietzsche. Los prólogos para la Biblioteca Popular son testimonios de este estado de alerta, en que se equivocaba. Detectaba dónde estaba lo que iba a perdurar, así fuera por el momento incierta aventura. Si en Bogotá se leyó a Tolstoi todavía fresco en ruso o francés, el milagro fue de Silva. Si siguió a Bécquer, Heine o Poe, las tres vertientes de las tres lenguas muestran su universalidad. Lo mismo su anticipación para buscar un verso más flexible, henchido de magia. En realidad trabajaba con metros y combinaciones conocidos, pero imprimiéndoles ese ritmo del «Nocturno», que Sanín Cano descompone mostrando sus raíces en la retórica del castellano, pero al mismo tiempo la novedad que vino a darle vida inédita. Lo mismo sus enigmas insondables. Siguen siendo válidas las palabras de Unamuno. «¿Qué hizo en su vida? Sufrir, soñar, cantar. ¿Os parece poco? Sufrir, soñar, cantar y meditar el misterio. Porque el misterio da vida a los mejores cantos, y persiguiendo el misterio se cansó del camino de la tierra.»